

CAPÍTULO III

ENTRADA EN LA RETÓRICA

1. Primeros ejercicios	43
2. Noción de retórica	48
3. Si la retórica es arte. Su utilidad	51
4. Si la retórica es virtud	53
5. Partes de la retórica	54

CAPÍTULO III

ENTRADA EN LA RETÓRICA

1. Primeros ejercicios

Cuando el niño ha llegado a ser capaz de los conocimientos de retórica, se lo entrega al maestro de esta facultad, cuyas cualidades y obligaciones consideran los capítulos primero, segundo y tercero del libro segundo de las *Instituciones*.

Los primeros ejercicios son de narraciones históricas, lecturas y comentarios de los clásicos, enseñando después el retórico cómo celebrar a los hombres ilustres, cómo censurar a los malvados, ejercicios útiles, no sólo porque forman el carácter por el conocimiento de la virtud y el vicio y sus diferencias, sino también por el acopio de conocimientos, hechos y ejemplos de personajes, necesarios a todos los géneros de la retórica.

La historia fue un estudio descuidado en la educación antigua, salvo Cicerón que la llamó maes-

tra de la vida, memoria de la humanidad, y dijo que no saber lo sucedido antes de nosotros es como ser siempre niños. Quintiliano la incorpora a su programa educativo, y al suscitar el conocimiento del pasado con sus hechos y sus héroes, estimula la admiración por los héroes, al par que lo usa como medio de cohesión social y continuidad histórica.

Se insiste sobre esos ejercicios de narraciones históricas, que dan al alumno soltura para la calificación moral de los personajes, y para la significación y valoración de los mencionados hechos, acaecidos en una sociedad y en una época. Porque no se trata sólo de narrar los hechos históricos, precisa comprenderlos. Las narraciones históricas, enseñadas en las escuelas, deben ser estudiadas como primera y elemental filosofía de la historia, comprensible para los alumnos mediante la vinculación de los hechos históricos y su sentido, pues ellos no son nada sin la interpretación. La muerte de César resulta incomprendible si no se la relaciona con la historia de Roma y sus luchas internas y externas. ¿Por qué los conjurados matan a César? ¿Por qué es peligroso César? ¿Qué relación tiene su muerte con los acontecimientos que vienen después? Las respuestas a estas preguntas ofrecen dificultades sin duda, y pueden escapar a la comprensión del discípulo; pero dependen de la preparación del maestro y su habilidad para enseñar. Iguales dificultades median respecto de las alabanzas y vituperios a que se refiere Quintiliano, y sin embargo él los recomienda, quiere que los buenos y per-

versos sean conocidos. Si el niño conoce sólo las acciones de los hombres buenos, ¿cómo podrá comparar? Un libro de historia carece de utilidad cuando el historiador excluye personajes y hechos históricos porque juzga que son perjudiciales a los alumnos. El precepto de Quintiliano de hacer conocer a los niños y jóvenes lo bueno y lo malo acaecido en la historia es digno de toda ponderación.

Estas consideraciones surgen del pasaje que trata de las narraciones históricas a cargo del retórico, así como las narraciones poéticas están a cargo del gramático, quien procura estimular la imaginación y cierta facundia favorable en los primeros años. Los ejercicios de narraciones históricas inician en la indagación de la verdad y la argumentación retórica con su confirmación y refutación de los hechos. “Por ejemplo —dice Quintiliano— servirá de gran materia para discurrir, el proponer la duda de si es creíble que, estando peleando Valerio, se sentara sobre su cabeza un cuervo, que con las alas hería el rostro y los ojos del francés enemigo; del mismo modo sobre la serpiente, que dicen crió a Escipión; sobre la loba de Rómulo, y la ninfa de Numa Pompilio”¹.

Las comparaciones de discursos debe reconocerse que son un excelente medio de enseñar el arte del discurso. Quintiliano considera que alguna vez aprovechará leer a los discípulos oraciones defectuosas, con sus errores de fondo y forma, con la impropiedad

¹ *Instituciones*, II, cap. IV, 2. El traductor debió decir *del galo enemigo*. Los francos penetraron en la Galia en el siglo v d.C.

y bajeza de los pensamientos y vocablos. En este pasaje adelanta su preferencia por la manera natural y sencilla de hablar, por el estilo ático: “Algunos estiman los cuerpos contrahechos y notables por su deformidad, no los bien proporcionados; y también hay algunos que, prendados de las apariencias, piensan que el arrancarse el vello de las mejillas, el atusarse y enrizar con el hierro y fuego el cabello reluciente con el color artificial, da más gracia al hombre que una hermosura natural: dando a entender que la belleza del cuerpo nace de modas perniciosas”².

Cuando se pregunta qué libros deben leer los estudiantes desde el principio, no vacila en responder que los mejores, los de mayor pureza y claridad. Y en efecto: no se inicia bien al niño con asuntos novelescos que además corrompen el lenguaje. En las grandes obras de la literatura universal hay mucho saber, ingenio, gracia, dominio del idioma, claridad y sencillez propios para interesar, sin recurrir a ciertas historias y ficciones de mal gusto. Los autores antiguos no prevalecerán sobre los modernos porque cuando hay ingenio enseñan unos y otros. Si los antiguos deben ser leídos será por ellos mismos y el placer que producen, pero también para que comparando no quede prendado el discípulo por la hinchazón y otros defectos de algunos escritores modernos.

Antes de iniciar en la retórica Quintiliano vuelve a encomiar la relación entre maestro y discípulo, por-

² *Instituciones*, II, cap. V, 3.

que “así como en vano se siembra la semilla si no se la recibe dentro de una tierra blanda y esponjada, así la elocuencia no puede llegar a colmo si no van a una la doctrina del maestro y la docilidad del discípulo”³.

Quintiliano había recomendado los ejercicios orales en la escuela de gramática; pero ahora insiste sobre el paso del *logos*, o palabra interior, a la dialéctica mediante la retórica, pues la cabal expresión de las ideas por la palabra es el hombre mismo, que sabe comunicarse con los demás por ese medio, sin el cual no existirían sociedades ni culturas, ni habría memoria de las cosas pasadas.

Los niños poseen una rica vida psicológica, su capacidad imaginativa y saber son más intensos que extensos; pero en los primeros años, faltos de experiencias y educación verbal, no pueden expresar esa vida interna, que permanece ignorada durante mucho tiempo. Es necesario que la dialéctica y su hermana la retórica ayuden a clarificar, ordenar y expresar las ideas, realicen el tránsito del *logos* a la palabra externa. Se quiere lograr así el ideal de orador, ciudadano y hombre, por una educación que desarrolle la inteligencia con apoyo de la expresión verbal, de acuerdo con Isócrates, quien vio en la retórica una filosofía práctica de la vida para dar elegancia y fuerza al cuerpo del joven; a su espíritu, claridad, orden y precisión; una visión más alta a su dignidad humana. Como este programa es posible, Quintiliano advierte

³ *Instituciones*, II, cap. X.

desde el comienzo que un arte de la retórica existe: el poeta nace, el orador se hace.

2. Noción de retórica

El libro segundo trata de la retórica como arte, y de su fin, cuestión previa esta última al comenzar el estudio de una ciencia o de un arte.

Para Quintiliano el fin de la retórica es el bien decir, noción que requiere algunas explicaciones antes de fijarla de acuerdo con las *Instituciones* y sus antecedentes, que parece negar en este punto el preceptista.

En primer lugar censura a quienes, como Isócrates, definen la retórica como el arte de persuadir, porque también persuaden el dinero, la belleza, la dignidad de la persona, sin palabra alguna. Cuando M. Antonio defendiendo a M. Aquilio rasgó su vestidura y mostró al pueblo las heridas que recibió defendiendo a su patria, confió en los ojos de los romanos más que en las palabras. Tampoco consiste en persuadir por la palabra, pues también mueven a lo que quieren las gentes de mal vivir, rameras y seductores, pero no son oradores. Reside, entonces, en el bien decir, entendiéndolo por ello una manera de hablar con veracidad y moralidad, porque, según Quintiliano, la retórica es virtud. También reprueba la definición de Aristóteles, quien hace consistir la retórica en hablar, en cada caso, los medios aptos para persuadir; y

reprueba al filósofo porque cuida de los argumentos o de la invención, propios de la dialéctica, y descuida la elocución, con su lenguaje figurado, metáforas, comparaciones y estilo, que conducen el discurso a las alturas de la elocuencia.

Creo que a Quintiliano se le escapa que cuando Aristóteles habla de los medios o argumentos no se refiere sólo a los lógicos y persuasivos, sino también a todos los medios idóneos para persuadir, como el lenguaje figurado y la acción oratoria, pues la *Retórica* del filósofo de Estagira enseña sobre la elocución, la voz, los gestos y ademanes⁴.

En cuanto a que la retórica es el arte de bien decir, Quintiliano quiso expresar que consiste en el hablar o decir a propósito para persuadir. “Del mismo modo, el fin de la oratoria es hablar a propósito para persuadir; pues, como demostraremos más adelante, ese arte no consiste en el efecto, sino en el acto”⁵. Sigue, pues, la noción aristotélica.

Fray Luis de Granada, quien tomó de Quintiliano muchos preceptos, en *Los seis libros de la retórica*

⁴ La *Retórica*, de Aristóteles, comenzó por lecciones orales del maestro, y en ellas al principio la retórica es una lógica de lo verosímil y de la persuasión. Más tarde agregó nuevos materiales ajenos a los argumentos, siendo probable que el libro segundo sobre las pasiones y modos de conmover, y el libro tercero relativo a la elocución, con breves consideraciones acerca de la voz y los gestos, resulten de clases y escritos posteriores. La obra, carente de composición regular, después de una lenta evolución concluye por los primeros años de la estada definitiva del filósofo en Atenas. Cfr. Tovar, Antonio, *Introducción a la Retórica de Aristóteles*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1953.

⁵ *Instituciones*, II, cap. XVIII.

eclesiástica o *Arte de predicar*, pone como fin de la retórica el persuadir con la fuerza del decir⁶.

Tres razones hay contra la supuesta noción de Quintiliano, repetida sin más por algunos comentadores. Primera: si para él la retórica es un arte práctica, su fin es la utilidad, pues el orador habla con vistas a un resultado práctico, la adhesión a su propia opinión, y se vale del bien decir como medio para persuadir. La segunda razón toma fuerza del pasaje en el capítulo XVIII, libro II, cuando, después de haber afirmado que la retórica consiste en el bien decir, agrega que su fin es hablar a propósito para persuadir. La tercera razón se apoya en que Quintiliano resume toda la tradición grecorromana en la materia, no queriendo pasar por innovador; y toda esa tradición, desde los sofistas hasta Aristóteles y Cicerón, habla de la persuasión como fin, con las aclaraciones referidas al acto con exclusión del resultado.

Quizá el equívoco provenga de no reparar en el verdadero sentido de la objeción de Quintiliano, pues él reprocha al filósofo griego no incluir la expresión *por el bien decir*. Como dicha definición es incompleta, el preceptista español aclara que se persuade mediante el bien decir.

Según vimos, él se desinteresa del resultado. Como la abogacía es el arte de hallar, en cada caso, los medios para ganar la causa; la medicina, para curar en cada caso; así la retórica busca adecuados

⁶ Cap. I, p. 43-45, Madrid, 1793.

medios, si bien a veces no logra el fin. Por ello Cicerón afirma que el orador conservará su título aunque fracasare, pues no siempre puede vencer la dureza del corazón humano⁷. El siguiente pasaje es claro y fortalece las tres razones dadas: “Procura, sí, triunfar el orador y persuadir —dice Quintiliano—; pero una vez que habla a propósito, aunque no persuada, ya cumplió con lo que promete la retórica. También el piloto pretende conducir la nave salva al puerto, pero si una tempestad la arrebató, no por eso será menos hábil, y podría decir aquello: Con tal que yo dirija la nave. El médico igualmente pretende la cura del enfermo, pero si no logra el fin, o porque prevaleció la enfermedad, o por culpa del enfermo, o por otro accidente, como él no haya omitido cuanto prescribe el arte, ya cumplió con el fin de la medicina”⁸.

3. Si la retórica es arte. Su utilidad

Considera luego la cuestión de si la retórica es arte.

La opinión de que no es arte porque antes hubo oradores y discursos, carece de fuerza. Todo lo perfeccionado por el arte fue al principio naturaleza, y la retórica, como la medicina, extrajo los conocimientos de la observación de los hechos y la experiencia.

⁷ Véase mi libro *Arte de la persuasión oral*, Bs. As., Astrea, 1975, p. 14.

⁸ *Instituciones*, II, cap. XVIII.

No habría arte de edificar porque los hombres hicieron sus cabañas sin él; ni música, porque en todas las naciones hay canto y danza. Si al principio no hablaban los hombres como oradores; si realizaban bien algunas partes del discurso, pero no todo el discurso, entonces no hubo oradores ni discursos antes del arte. La historia prueba que los hombres persuasivos, además de sus cualidades naturales, se ejercitaban mucho, como Esquines, Demóstenes y Cicerón.

También se dice: ningún arte que se funda en preceptos verdaderos da asenso a las afirmaciones falsas. Por lo tanto, no puede ser arte la retórica cuando consiente en la falsedad. Ciertamente, aquélla dice no pocas veces lo falso por lo verdadero; pero no por eso sigue opiniones falsas; la falsedad se dirige a otro. Cuando el orador usa lo falso por lo verdadero, sabe de la falsedad, y entonces no tiene opinión falsa.

Quintiliano sale vencedor en la controversia contra la opinión de que la retórica no es arte por carecer de un fin particular, como lo tienen las artes. Ella tiene un fin, según lo determina el preceptista, quien, además, fija el género de arte al que pertenece la retórica.

Hay facultades referidas al conocimiento de las cosas, es decir, las teóricas. Otras, a la ejecución de una obra, y se llaman prácticas. La retórica es arte práctica, pues no persigue el conocimiento, sino la realización y perfección de la obra a la cual se aplica.

Después se prueba la utilidad de un arte que inspiró la fundación de ciudades y redujo a una vida

social a los hombres que andaban por los campos, persuadiéndolos de los beneficios de vivir bajo la ley. Sin él la razón sería poco provechosa, y no pudiendo el hombre exponer sus ideas y sentimientos sería menos hombre, pues se diferencia de los animales por el habla, del cual carecen ellos, si bien algún conocimiento tienen. La utilidad de la palabra persuasiva se comprueba todos los días en la vida pública y privada, en la paz y en la guerra.

4. Si la retórica es virtud

Quintiliano resuelve mal la cuestión de la moralidad de la retórica. Dice que ella es virtud, y el oficio del orador conviene al hombre bueno, y haciéndose cargo de que también el malo compone discursos diestramente, con sus exordios y argumentos, concluye: “Respondo que se hacen muchas cosas que son semejantes, pero de distinto modo. Baste lo dicho, pues de la utilidad ya hablamos arriba”⁹, no dando razones ni ejemplos satisfactorios.

La historia menciona oradores venales que triunfaron de sus probos adversarios debido a una palabra más eficaz, al dominio de los procedimientos, pues sin la virtud el orador puede persuadir. Si por el arte el orador persuade de una cosa y su contraria, dicho arte es amoral; si la retórica es *techné*, es amoral. Sólo el hombre se halla en el mundo de la moral, in-

⁹ *Instituciones*, II, cap. XXI, *in fine*.

cluidos los actos inmorales; pero si la retórica prescindiera de la moral, el hombre debe usar su oficio de hablar con persuasión para el bien y para mejorar a sus semejantes. Quintiliano reconoce que la oratoria sirve a lo bueno y lo malo; pero dice: “Y así, dado el caso de que la oratoria sirva para lo bueno y lo malo, no debemos condenar una cosa de que podemos hacer buen uso”¹⁰.

También Aristóteles exige moral en el orador, mas su definición de retórica, si bien incompleta, fija claramente un lugar para este arte, lo fija en el mundo de la *techné*, en el mundo amoral. La noción de Quintiliano —la retórica es virtud— no establece la diferencia entre el fin del arte y el fin moral que se pide al persuasor.

5. Partes de la retórica

El capítulo tercero del libro III nos hace saber las partes de la retórica: invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación.

Conviene hacer la diferencia entre retórica y oratoria, no hecha por Quintiliano, porque Roma, como Grecia, reconoció el influjo de la palabra oral sobre la escrita. En el ámbito de la palabra, toda la cultura antigua fue cultura hablada debido a la escasez de libros y al hecho de que el discurso escrito era para el auditorio, no para el lector. Así, las escuelas de re-

¹⁰ *Instituciones*, II cap. XVII, 2.

tórica enseñaban el arte de la palabra entendiendo por ella tanto la escrita como la oral; y la obra de Aristóteles no dice *Oratoria* sino *Retórica*; pero sus principios forman al escritor y al orador, en función persuasiva. Cuando el libro se propaga con la imprenta ya corresponde distinguir retórica de oratoria, pues la obra escrita va al lector, el discurso oral es recibido por el auditorio. La obra escrita pide tres partes: invención, disposición y elocución, porque necesita determinar una idea, disponer las partes del discurso y expresar las ideas. Cuando se trata del discurso verbal, además de las tres partes mencionadas, requiere la acción, es decir, pronunciación, gestos y ademanes. De todos modos, considero incorrecta la división de Quintiliano, porque la memoria no es parte de la retórica ni de la oratoria, se halla en toda la faena del orador. La memoria es una cualidad del orador, como inteligencia clara, imaginación, sensibilidad, anhelo de expresión. En cuanto a la pronunciación, se integra en la acción oratoria, según queda dicho.